

## Discurso de Mónica García Prieto al recoger el IX Premio Julio Anguita Parrado el 7 de abril de 2016 en Córdoba

Ante todo, quisiera dar las gracias a la organización por haber pensando en mí para este premio y por haber optado por un periodista independiente, sin una empresa que le apadrine y, además empeñada en denunciar violaciones de Derechos Humanos para distinguirla con semejante honor, que lleva el nombre de un colega muy querido, lo cual refuerza el simbolismo que para mí tiene esta mención. El día en que Julio murió, yo estaba en Bagdad, cubriendo la invasión de Irak. No estaba sola: éramos más de 200 periodistas de todas las nacionalidades. Lo sorprendente es que la nacionalidad con más reporteros destacados allí, pese a los altos costes de la cobertura, era la española: más de 20 de nosotros, el 10%, representábamos a medios españoles. Y en aquellos meses se vendieron periódicos como nunca.

Hace 13 años, el periodismo internacional español no tenía nada que envidiar, en recursos y en muchos casos en calidad, al británico o el norteamericano. Existía el interés y la capacidad para afrontarlo, había lectores ávidos de saber lo que pasaba fuera de nuestras fronteras y medios comprometidos con la obligación de contarlo. Y luego, con la crisis económica y sobre todo, la crisis de valores, se nos engañó para evadir esa responsabilidad. Se nos engañó diciendo que al lector no le importa la política internacional, que él lector, en realidad, no quería leer, que no estaba interesado más que en el periodismo local.

Y no era verdad, el problema es que cuesta dinero y que, en un ejercicio de asombrosa torpeza, los medios que tantos valores representaron hace solo unos años decidieron hacer frente a las deudas que habían contraído con sus ambiciosas apuestas de imperios mediáticos recortando en periodismo, en periodistas, en coberturas y en historias y a la larga, en información. Los medios se dispararon en un pie y redujeron al mínimo sus contenidos, consagrándose como altavoces de intereses -lo cual imagino que no solo es barato, sino que reporta beneficios- pero acabaron así con la credibilidad de toda una profesión.

Y eso es irresponsable. Unos medios sanos y objetivos que funcionen como notarios, como vigilantes de abusos y como mecanismo de denuncia que favorezca cambios, ayudan a formar una sociedad sana y adulta. Y ahora más que nunca, vivimos en una sociedad global, donde lo que ocurre en un país tiene consecuencias en el resto. Lo que ocurre en Siria tiene un impacto directo en España. Y por eso debemos saber que ocurre, quien lo fomenta y por qué ocurre, para tener herramientas con las que afrontar la realidad.

Eso me hace regresar al dato de la invasión de Irak. Entonces había 20 medios españoles representados. Cuantos medios han cubierto la revolución siria desde sus orígenes, sobre el terreno, donde se sufría la represión? Tres, cuatro?

Desde que los medios decidieron abandonar la información internacional, esa que dicen

que no interesa porque no nos afecta, los freelance son quienes cubren, casi por empeño personal, sin fondos y sin seguridad, esa guerra que ya ha provocado cientos de miles de muertos y 5 millones de refugiados. Mientras eso ocurre, en Madrid, los medios simplifican los hechos, reducen situaciones extremadamente complejas a

simples mensajes que están alimentando el conflicto y el odio hacia el contrario. Y lo que es más grave, distinguen entre unas tragedias y otras, amplifican las que tienen como víctimas occidentales y minimizan o condenan al silencio a aquellas que tienen como víctimas al resto. Y nuestra indiferencia mata, y mata mucho.

Nuestra indiferencia hacia la brutal represión del régimen sirio contra su población civil le llevó a confiarse y a ampliar sus ataques: al principio era con artillería ligera, luego fue pesada, no se tardó en pasar a la aviación y se terminaron usando armas químicas, cruzando una famosa línea roja. Y no movimos un dedo. Se permitió la masacre, se permiten cada día masacres en Siria, Irak, Yemen, Libia, Gaza y en tantos otros sitios y seguimos sin mover un dedo porque a Occidente le va el interés económico en apoyar a los agresores, sus cómplices. Pero eso es denunciado, y es la función de la prensa denunciarlo con la magnitud necesaria para impedir, entre otras cosas, que se llegue al extremo actual, donde el abandono internacional ha sumido a toda una generación en desesperación y donde la desesperación, en un entorno violento, se transforma en odio.

Los medios se han llenado de anécdotas, de resúmenes de anécdotas, de comida rápida informativa que traicionan el alma del periodismo: la prensa debería ser un servicio público y últimamente es la megafonía de los poderosos en lugar de la voz de la conciencia. De ahí que agradezca que este premio reconozca al periodismo independiente, porque que somos muchos quienes nos levantamos contra ese modelo de antiperiodismo que plaga las televisiones, radios y periódicos y hacemos, humildemente, otra cosa, desde Internet aunque dado que no podemos vivir del aire, nuestra existencia está amenazada.

Pero hay cosas mucho más perentorias que el derecho a la información, como es el derecho a la vida.

Por eso quiero hablar de Derechos Humanos y de principios, algo que, como el periodismo independiente, parece ser otro concepto en vías de extinción. Hace meses que me quedé sin palabras viendo las imágenes que llegaban de Europa, donde decenas de miles de personas eran tratadas como animales, porque si poníamos esas imágenes en blanco y negro, parecíamos estar asistiendo a un documental sobre la II Guerra Mundial, y porque de haber sido ese el caso, la audiencia se arrebataría de indignación, pensando “cómo pudimos dejar que eso ocurriera”. Pues eso está ocurriendo. Y no es nuevo. Lleva pasando cinco años, pero en los cuatro primeros años los cuatro primeros millones de refugiados, cuatro millones, eso es un país entero, no llegaban a Europa porque ni siquiera contaban con la posibilidad de poder llegar. Se quedaron en el Líbano, en Jordania, en Turquía, en Egipto, hasta en Irak agotando todos sus ahorros, sin posibilidad de volver a sus hogares destruidos, costeando gastos médicos que nadie les paga y sobreviviendo de la forma más atroz que cabe imaginar. Y al menos sus vecinos, regímenes dudosos cuando no abiertamente dictatoriales, no les expulsaron ni pagaron a un matón para que lo haga por ellos.

Esos mismos campos plagados de barro que vemos hoy en Grecia o Macedonia llevan siendo el hogar de millones de personas desde hace cuatro años, pero en países musulmanes, a donde llegaban con los pies reventados, huyendo a pie de las bombas del régimen, a menudo siendo disparados por el ejército en su huida -he sido testigo varias veces- y huyendo, en muy menor medida, de los ataques de la oposición. Había mujeres que daban a luz en el camino, niños que se perdían en la marea humana, campos de refugiados hechos de plásticos y lonas de saco que crecían como ciudades a la velocidad de la luz, alimentados por la avaricia de unos pocos y la necesidad de todos.

Y Europa no miraba. Nunca miró, en realidad, cuando las tiendas de campaña de los refugiados se incendiaban porque la lona arde como una tea si se cae una vela, quemando vivas a familias enteras. Ni cuando los bebés morían de frío en invierno. Ni cuando el régimen no se contentaba con bombardear con barriles bomba, sino que también usaba armas químicas contra su pueblo aprovechando el silencio exterior del que hablaba antes, justificado por la confusión de muchos que no querían equivocarse acusando al dictador que se opone a Estados Unidos. Por si acaso todo era una conspiración.

Pero da la casualidad, de que la población siria huye de los bombardeos aéreos que han dejado convertidas sus ciudades en esqueletos. Y eso sólo lo hace la aviación. Y durante los primeros tres años y medio, sólo el régimen tenía aviación a su disposición y no la usó nunca contra los fanáticos del Estado Islamico: dejó que ese grupo creciera, alimentó sus filas liberando a yihadistas de sus cárceles y luego, cuando el monstruo ya eclipsaba con su imagen de terrorismo a toda la oposición legítima que se había levantad, a toda la población suní siria, luego invitó a su campaña contra el terror a Estados Unidos, Francia, Arabia Saudí, Qatar, Rusia para que le ayudaran... todos ellos, con el permiso del régimen, unos y otros, han convertido los hogares de los sirios en un amasijo de ruinas. Pero no al Estado Islámico, recuerden. A la población.

Esa es la población a la que estamos rociando con gases, cercando con alambre de espino, expulsando de nuestras costas cuando llegan, si sobreviven al mar, aterrorizados, ateridos, sin esperanza, sin saber exactamente donde están, siendo sólo conscientes de seguir vivos. Los refugiados huyen de todo eso. Huyen del régimen, huyen de nosotros, de nuestras bombas y de nuestros aviones.

Y no buscan trabajo ni caridad, buscan salvar sus vidas. Escupirles en la cara negándoles la entrada me parece una afrenta histórica que sin duda va a tener un precio en el futuro, pero que sobre todo ya se ha cobrado un precio en el presente. Europa fue Siria hace sólo 60 años, y volverá a serlo. España fue Siria. Y Europa, como España, ha faltado a su responsabilidad. Permítanme que les lea un artículo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, el 14.1, que seguro que conocen pero no está de más recordar. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país. Los sirios, los iraquíes, los afganos, los yemeníes, los libios o los sudaneses entre tantos otros no son inmigrantes, huyen de una muerte segura.

Negar asistencia a una persona que la necesita es un delito, y el Derecho Internacional nos obliga, legalmente, a prestar auxilio a las personas que huyen de la guerra y de las violaciones de sus derechos humanos más básicos. Se nos llena la boca hablando de derechos que sólo aplicamos a nuestros propios ciudadanos para caer en el egoísmo más mezquino y visceral, el repudio al diferente por miedo a lo desconocido, y eso es lo que alimenta el terrorismo. Pase lo que pase en Siria, los enemigos de la razón ya han ganado, pero no lo han hecho por las armas sino con una estrategia mucho más sibilina: sentándose a esperar a ver cómo Occidente colaboraba en la maquinaria del odio con su falta de empatía y su miseria de principios. De eso se alimentan grupos como el ISIS, de la crisis de valores que vive Occidente y que tan bien hemos expuesto en el trato inhumano que estamos dando a quienes huyen del terror en cualquier otro lugar del mundo. Primero les bombardeamos o ayudamos a quienes les bombardean, o aplaudimos, o le vendemos las bombas con las que les bombardean y luego les cerramos las fronteras. Y tenemos la desfachatez de llamarles refugiados, como si el lodazal donde han sido hacinados en Grecia o los Balcanes fuera un refugio, cuando en realidad les tratamos como a una plaga a exterminar.

La labor de la prensa independiente a la hora de exponer todas estos crímenes, por acción u omisión, es más necesaria que nunca, sobre todo con medios convencionales que miran a otro lado salvo que haya una imagen que rompa las redes sociales. Porque son periodistas freelance, en su mayoría, quienes pasan semanas en el barro con los refugiados en las fronteras, o quienes buscan refugio junto a los civiles bajo bombardeos, quienes investigan los crímenes cometidos por todos los bandos en conflicto y quienes ponen voz a las víctimas. Por eso querría hacer extensible este premio a todos aquellos periodistas freelance que dedican su trabajo a las víctimas, porque nuestra obligación ante una situación de emergencia es crear conciencia, con la esperanza de que a los gobernantes les quede alguna conciencia, algo muy poco frecuente. Y en especial, querría dedicarlo a tres colegas a quienes no conozco personalmente pero que cuyos nombres deberían estar en mente de todos: Antonio Pampliega, Angel Sastre y José Manuel Lopez, que a estas alturas llevan 10 meses secuestrados en Siria. Con el deseo de que vuelvan muy pronto a casa.

Gracias por su atención.